

Una sobreviviente memoria fotográfica: Dolores Casasola

Rebeca Monroy Nasr



Piedad Casasola fotografiando a sus sobrinos, ca. 1945. Fotografías: Archivo Familia Olivares-Casasola

En medio de un tenue sol que incrementa su calidez segundo a segundo, me encuentro ante un rostro amable y una sonrisa que me recibe a todas luces, y que amortigua mi contaminado andar y mi angustiosa tardanza netamente urbana. Entro a la casa que habita Dolores Casasola de Olivares con dos de sus cinco hijos, la señorita Dolores y el señor Javier. Rostros amigables y una permanente sonrisa son los ejes que rodean la entrevista. Doña Dolores a sus 93 años muestra una actitud tranquilizante, además de su preclara y envidiable memoria, de quien es la única sobreviviente hija del decano y reconocido fotoperiodista mexicano: Agustín Víctor Casasola (1874-1938). Llego a ella intrigada e interesada por la mención que encontré en un artículo de los años cuarenta del escritor Antonio Rodríguez, donde mencionaba la labor de las “mujeres Casasola” y su trabajo en el lado “oscuro” de la fotografía.

Plena de anécdotas, rodeada de las fotografías tomadas por la familia Casasola, Doña Dolores narra su participación en la empresa de su padre en los años veinte: “Tengo o hago la fotografía que usted necesite”, rezaba el anuncio publicitario de los Casasola. Ella al lado de su hermano Agustín trabajaron el laboratorio para propios y extraños, pues el servicio de la agencia cubría el revelado e impresión de las placas de vidrio de los aficionados a la fotografía. Además Dolores Casasola recreó en los años veinte singulares imágenes que se hacían a partir de mascarillas previamente elaboradas. El negativo que se utilizaba era una acuarela sepia con algún motivo floral o gráfico, muy a la usanza del *art nouveau*, y te-

nía una parte reservada o enmascarillada, para que en una segunda impresión se incluyera en la imagen final el retrato específico encargado. A estas doble impresiones se les conocían con el nombre comercial de *Vignettes D'Art Cristalino*, y eran tarjetas postales personalizadas, pues la imagen reflejaba el rostro del personaje en cuestión inmerso en un ambiente de suyo romántico, particularizado e individualizado como los buenos retratos de la época, que proponían y denotaban una finita identidad. Ese trabajo lo desarrolló la joven Dolores con gran gusto y se perfeccionó en las faenas del cuarto oscuro.

Por su parte, en esos años don Agustín padre, salía de tomar las fotografías que consideraba noticia informado por la prensa o por los rumores de la calle, que señalaban algún acontecimiento importante.

Regresaba con sus placas en imagen latente, revelaba e imprimía el mismo sus fotos para después llevarlas a los periódicos y revistas de la época. Doña Dolores permaneció realizando el trabajo de laboratorio cerca de dos años, y sin menoscabo de su condición y convencida de su gusto por las labores del hogar, abandonó el trabajo para tiempo después casarse con Jenaro Olivares (1897-1984) que en aquellos años era comerciante y tiempo después ingresó al gremio, entrenado por el propio suegro. Desde los años treinta y por el resto de su vida profesional fue el reportero gráfico de *Novedades* y fotógrafo del Tribunal de Menores.

El reportero Olivares es el creador de una famosa fotografía que ha dado la vuelta al mundo: aquella donde mien-



Ismael Casasola fotografiado por unos campesinos, ca. 1955
Abajo: Agustín Víctor Casasola de niño con su madre, ca. 1875

tras vitorean y cargan en andas al torero Rafael Rodríguez, se observa claramente la mano de un joven ladronzuelo que roba la cartera del ovacionador. La imagen fue publicada en 1950 por el *Novedades*, después José Pagés Llergo la publicó a doble plana y finalmente, llegó a las páginas de la norteamericana *Life*.

En los posrevolucionarios veinte, los hermanos de doña Dolores empezaban a perfeccionarse en las faenas diarias del fotoperiodismo pues Gustavo (1900-1982), Ismael (1902-1964) y Agustín (1904-1980) ya se integraban a las labores que su padre practicaba con tanto afán. Justo entonces nació el más pequeño de todos, Mario (1922-1988) rodeado del olor a metol, hidroquinona y polvos de magnesio, quien viendo por doquier placas e impresiones en blanco y negro, al igual que sus hermanos pareciera haber sido “amamantado con revelador” —como señaló Rodríguez—, pues se integraba desde ese momento a la estirpe paradigmática del fotoperiodismo mexicano.

Por su lado, la otra hija de Agustín Víctor, Piedad Casasola (1909-1953) practicó la fotografía de manera profesional como ayudante del Taller de fotografía de la Dirección de Obras Públicas, en el año de 1938, aunque siempre aquejada por su salud se vio obligada a abandonar eventualmente sus quehaceres. El gusto por la cámara de Piedad era innegable y con su sencilla cámara Brownie Junior Six-20 de carrete, fijó imágenes familiares, que a lo mejor se escaparon de la vista de los otros profesionales Casasola. Es encantadora la fotografía donde se le ve en el patio de la casa-estudio Casasola de Holbein 67, pecho a tierra retratando a los sobrinos. De temperamento delicado y frágil desde su nacimiento, tal vez a consecuencia de padecer del corazón, Piedad también era una mujer muy atractiva y de buen carácter. No se casó ni tuvo hijos, lo cual le permitió que a la

muerte de su padre en 1938 se mantuviera al frente del negocio, lo administró admirablemente ofreciendo servicio a publicaciones nacionales y extranjeras, y satisfaciendo las necesidades familiares hasta su muerte que sobrevino quince años después.

La labor de las mujeres Casasola no tuvo tintes discriminatorios, no hubo actitudes que impidieran su inserción en el mercado de trabajo profesional.

En el caso de la joven Dolores fue de una forma natural y socialmente aceptada el hecho de ingresar a las labores de la cocina fotográfica, y después abandonarla en bien de la familia nuclear que deseaba formar. Por otro lado, la búsqueda de Piedad en el trabajo administrativo y su gusto por realizar imágenes de vida cotidiana la hicieron acreedora a un lugar especial en la familia. Bien supo llevar adelante la profesión que con tanto afán su padre abrazó en el porfiriato, cuando se percató de la importancia de acompañar sus artículos para *El Imparcial* con fotos, y encontró en la cámara un discurso adecuado a sus necesidades expresivas, documentales y gráficas, heredando gusto a los hijos y nietos. Entre los miles de negativos elaborados por la dinastía Casasola aún hay muchas historias que contar.

Cuenta doña Dolores aquella vez que Ismael fue tomado dormido en las difíciles condiciones de trabajo por las que suelen pasar los fotoperiodistas, o bien suscita comentario la imagen de éste, donde es tomado por su cámara que ahora afocan y disparan los indígenas. Miles de anécdotas aguardan ser escuchadas, escritas y vistas. Porque también las imágenes están imbricadas con las historias de vida —por obvias razones, me es muy difícil la distinción personalizada o autoral de las fotos lo cual pareciera mera necesidad estético-historicista, pues para ellos el castizo apellido implica y significa todo un complejo esfuerzo familiar.

